

Los cuentos de Esther Fleisacher

Mary G. Berg

Hija de padre rumano y madre egipcia, refugiados judíos de la segunda guerra mundial que vinieron a Colombia, Esther Fleisacher Cohen nació en Palmira (Valle) en 1959, pero en 1965 se trasladó su familia a la ciudad de Medellín, donde vive todavía. Desde joven ella escribe poesía y prosa poética que con frecuencia mencionan los orígenes judíos de la familia, y qué significa para ellos ser judíos. Esther Fleisacher ha trabajado como editora en el Fondo Editorial EAFIT de Medellín, y como psicoanalista – estudió psicología en la Universidad de Antioquia – y ha seguido escribiendo poesía y prosa. Sus primeras publicaciones son de 1979 (se pueden ver listas en el internet). Entre sus obras figuran colecciones de poesía, y tres colecciones de cuentos, además de lo publicado en revistas de varios tipos. Aquí pienso hablar brevemente de sus tres libros de cuentos: *Las tres pasas y otras historias* (1999), *La flor desfigurada* (2007) y *La risa del sol* (2011), esta última llamada también novela, porque sus textos entreconectados forman una historia coherente de una familia judía, todo contado por la voz de la misma narradora niña, que va aprendiendo sobre su propia familia y su historia y su cultura. El último libro publicado por Esther Fleisacher es *Canciones en la mente*, 2011, de poesía. Siguen apareciendo cuentos en antologías, revistas, y websites.

Aquí se discutirán las tres colecciones publicadas de prosa, sus temas y cualidades, y como juntas extienden y profundizan nuestra capacidad de entender, apreciar y casi sentirnos parte de la familia extensa que llegamos a conocer en estos cuentos o capítulos, todos cortos y muy específicos, pero todos entreconectados, como un collar de joyas pulidas, luminosas, pero que presentadas juntas nos adentran en un mundo –una familia extendida– de personalidades, exploraciones, y actividades más y más coherentes. Como ha escrito Elkin Restrepo, en el prólogo a la colección de poesía de Esther Fleisacher, *Canciones en la mente*, de 2011:

Para Esther... el origen de sus composiciones está en una voz interior que de repente la urge y mueve a la escritura, evento común tanto a sus cuentos como a su poesía. No una imagen en particular, o una idea, o una palabra, como suele suceder con otros autores, sino “una voz”, y es esa voz, el tono de esa voz, sin imposturas ni artificios, pura, propia de quien medita y habla consigo misma, (12)

lo que más fuerte impresión da al leer sus palabras.

Es el tono de voz que domina en los cuentos breves de *Las tres pasas*. En “El vestido verde” estamos dentro de las sensibilidades y percepciones de una joven adolescente que confiesa que aunque muy consciente del llanto de su familia por el abuelo que acaba de morir,

mis pensamientos ahora se reducían a tratar de lucir lo más atractiva posible para que Simón P., el mejor amigo de mi hermano, me mirara como a una mujer y no como a la hermanita metiche de Isaac, (11)

Al vestirse para el entierro del abuelo, se preocupa por su vestido y se pone maquillaje (que su madre insiste que quite) pensando en la posible presencia de Simón P., balanceando su deseo de parecer atractiva y adulta contra su conciencia del dolor de sus padres. No es la única que balancea su dolor (y amor por su familia doliente) con deseos o impulsos vistos como triviales; percibe también que su tía Lea parece haberse vestido en un viejo vestido verde para no tener que destruir uno más nuevo; cuenta la niña que aferrada al brazo de su padre “presenció la rasgadura de las vestiduras, ‘es la señal de dolor de los familiares del muerto’, me susurró mi padre al ver mi gesto de extrañeza”. (13) La niña (y los lectores) así aprenden algo sobre las tradiciones judías, como también cuando se van todos a la casa de los abuelos donde

los cuadros, los portarretratos y los espejos tapados con sábanas y manteles me causaron una inquietud enorme; cuando pregunté el por qué, me dijeron que la vanidad y las imágenes debían evitarse por respeto al muerto. (14)

Sabiendo que Simón P. va a llegar, la niña quiere asegurarse de parecer bien, y al entrar en el baño

no pude contenerme y levanté una puntita de la sábana que cubría el tocador. Tal como me lo había imaginado, el viento en el cementerio me había despeinado. No me atreví a arreglarme las ondas negras, para que no se dieran cuenta de que me había mirado al espejo. (14)

Ni una palabra extra: es un balance perfecto entre las percepciones de una niña y elucidación del ambiente y la familia judía donde se encuentra.

En “El loro se columpia” las coincidencias inquietan más; empieza en un cementerio, y expone las tensiones entre madre e hijo, y la prima con quien éste se casa. Dominan el cuento el deseo de escapar de la demasiada proximidad de la madre, y la

posible reconciliación al final entre la nieta y la amiga de su madre (narradora del cuento) que le entregará a la nieta su herencia de memorias.

“Piedras y flores” empieza:

Pasé a recoger a Silvia a las diez de la mañana. Nos dirigimos al cementerio a visitar la tumba de su padre, pusimos piedras también en las lápidas de otros familiares y amigos. (21)

Los textos se conectan, y juntos nos proveen detalles de vida y tradición judías a través de tres generaciones. Aquí, como en otras ocasiones, hay un personaje no judío a quien hay que explicarle las tradiciones, en este caso María Luisa que se convierte al judaísmo al casarse y prepara la comida de los sábados, el *shabat*, con entusiasmo, pero que al final, sola y aislada, vuelve al catolicismo de su niñez.

En “Un peso en el corazón” cuenta un niño (uno de los pocos narradores masculinos en estos textos), Matías Dorembaum, dejado atrás (en Palmira?) con su abuela, nacida en Polonia, que no quiere abandonar la tumba de su marido, cuando los padres de Matías fueron a Medellín para establecer una fábrica de cobijas (hay muchas fábricas de cobijas y colchones, y almacenes pequeños en estos cuentos). Matías ayuda a su abuela en su almacén y la escucha quejarse del abandono de su hijo, Jacob. La abuela y Matías deciden seguirles a Medellín cuando el niño tiene doce años, pero llegan hasta Cali no más, donde muere la abuela. Recogido por otra familia judía, Matías se adapta; por fin viaja a Medellín, y se entera de la muerte de sus padres. La familia judía que ha recogido a Matías en Medellín resulta ser la familia donde vive su hermanita que ha querido comunicar con Matías pero sin saber cómo, y lo ha sentido “como un peso en el corazón” (34) ya resuelto con la reunión inesperada de los hermanos. Pervaden separaciones, recuerdos, cementerios, nostalgias, y a veces reconciliaciones en todos los cuentos. Los jóvenes intentan comprender las vidas, ansias y tradiciones de sus padres. Algunos relatos se narran en tercera persona, como “Todos lloramos lágrimas saladas”, donde varios niños judíos jóvenes conversan, intentando entender las historias y tradiciones de sus familias, y como “Tierra en los zapatos”, donde se explican bien claramente las costumbres judías: Clemente tiene que decidir entre dos deberes simultáneos, cuidar a sus niños o permanecer en el shivá de su hermano, y él inventa una solución, poniendo tierra del jardín de su hermano en sus zapatos para poder decir que no

lo había abandonado. Así, a pesar de estar en casa con sus hijos puede decir sin mentir que “la shivá o duelo de los siete días se llevaba a cabo en la casa del difunto” (40) también.

En “El matrimonio de la abuela”, una mujer, empleada de agencia de viajes, cuenta como Golda Strinberg llegó de Polonia 1936, a los quince años, se enamoró de Fernando (no judío), se casó con Marcos, y al morir él, siente que no vale la pena vivir más, hasta encontrarse y reconciliarse con Fernando (ya muriendo), y repiensa su vida, ya con más optimismo. Hay en estos cuentos muchos cementerios, muchos recuerdos, muchas tradiciones

También en “Las tres pasas” se describe un cementerio hebreo, la tradición y la importancia de poner piedras frente a las lápidas de los seres queridos, guardar las memorias. Se cuentan los recuerdos del pan de pasas (que solía contener tres pasas) traído a casa del narrador joven por doña Antonella, invitada por sus padres “para hacer una mitzvá, una buena acción a los ojos de Dios, pues pensaban que ella estaba un poco loca” (52), loca de dolor porque tuvo que dejar a su hijo enterrado en el Ecuador al llegar al país y está consumida por el deseo de traer sus restos, de unir a la familia. “Té con rosas” es también historia de la familia judía que logró escaparse de las persecuciones del preámbulo de la segunda guerra mundial, relato contado por una narradora niña, escuchando a su abuela, que le ofrece té de rosas, y les cuenta de su niñez, del dulce de rosas “una costumbre de otra parte. Mis padres, los bisabuelos de ustedes, nacieron y murieron en Rumania, el abuelo Moris y yo también nacimos allá” (56) y también el papá de los niños. Cuenta como el abuelo llegó a Colombia, tardó años en poder recogerlos, y como al partir, la abuela deja a su madre en Rumania con dulce de rosas para toda su vida.

En los dieciocho cuentos de la segunda colección de Esther Fleisacher, *La flor desfigurada* (2007), nos encontramos con muchas narradoras bien activas y curiosas (aunque también hay cuentos que se narran en tercera persona) y una gran variedad de perspectivas y contextos. Un día me gustaría preguntarle a Esther Fleisacher si alguna vez leyó cuentos de la argentina Olga Orozco (*La oscuridad es otro sol*, 1967 y *También la luz es un abismo*, 1993) donde la niña que indaga y explora y medita sobre la importancia

de lo que descubre, también se llama Lía, como se llaman las jóvenes de Esther Fleisacher en “Las cartas” y “El lunar”.

En general, las narradoras participan muy activamente en su búsqueda de verdades y significancias, de talismanes que les explicarán los misterios de la vida (también tema de Olga Orozco). Operan dentro del contexto de una familia judía extendida que emigró de Rumania, Polonia, o Rusia. En estos cuentos cortos, enfocados en un evento o en un tema, se presenta un contexto de exploración de los detalles de las historias personales de parte de jóvenes que no saben – o todavía no entienden - todos los detalles e historias de los abuelos, nietos, padres, primos y tíos. Se revelan (o se descubren) los secretos y las memorias de los bisabuelos y los ancianos, a veces de las madres mismas, y son detalles que importan mucho a las narradoras. A la madre de “La tarjeta” le importa mucho recibir una invitación de una vieja amiga que no ha visto en muchos años. Para Aura en “El pelo gris” significa mucho poder dominar y cambiar su apariencia. La vieja Perla en “La soledad” sobrevive su traslado a un asilo de ancianos y añora ver a sus nietos. En “La libreta” Arturo lee lo que cree ser el diario de su mujer y descubre que escribe sobre la muerte, sobre cementerios. Asustado, la confronta y pregunta:

- ¿Lo que escribes sucede o sucedió? –por fin, pudo decir algo Arturo.
- ¿Tú lo crees mientras lees?
- Sí,...
- Entonces son verdad –no lo dejó terminar Diana.
- Pero sus hermanos nunca hablan de esas historias –insistió Arturo.
- Yo no hablo, yo las escribo. (77)

La palabra perfecta: “escribo”.

Con frecuencia se discuten las tradiciones judías, siempre con notas que explican las palabras y las fiestas. A todos les importa el apoyo, la solidaridad de “la comunidad” judía. Las narradoras están muy concientes de las diferencias entre sus creencias y las de su contexto católico colombiano, como en “Visitar iglesias” donde la joven Sara y su amigo del colegio, Felipe, no judío, visitan iglesias católicas y sinagogas, notando las diferencias. En “La buena estrella” la narradora extraña a su abuela que les habló en yiddish de sus experiencias en el campo de concentración durante la guerra y les contó cómo vinieron a Colombia después de la guerra y cómo su madre le contó que la abuela

cocinaba de maravilla, recordaba las canciones de cuna en yiddish y se sabía las oraciones. Los viernes...ella prendía las velas para el Shabbat también en nuestra casa. A pesar de la insistencia de tu padre que la quería con nosotros, siempre vivió cerca, nunca bajo el mismo techo. Era un principio que su propia madre le había enseñado. (38-39)

En la tercera colección de textos en prosa de Esther Fleisacher, *La risa del sol* (2011), una sola narradora – la joven Tania – vive, medita y reflexiona sobre su historia familiar. Los doce capítulos y el epílogo son parecidos a cuentos – se enfocan en un tema, un aspecto de su vida diaria en Palmira y luego Medellín, pero constituyen también una exploración cumulativa de las vidas distintas de las generaciones entreconectadas de la familia, los que vinieron de Rusia, Polonia o Rumania a comienzos (o a mediados) del siglo XX, y los que nacieron en Colombia. El libro se enfoca en las múltiples conexiones entre abuelos, padres, primos, hijos, tíos y cómo se entienden (o no se entienden) y las relaciones entre ellos. Tania relata cronológicamente sus experiencias y sus impresiones, empezando con sus memorias de los seis, siete años cuando se siente hostigada por su hermano, cinco años mayor que ella. Ella articula su percepción de sus relaciones con su madre mandona y su padre débil. Un constante es la entreconexión constante de la familia extendida, sus sufrimientos, sus logros, sus celebraciones, los Bar y Bat Mitzvahs, la observación de las fiestas judías (con notas de pie que explican que son), Pesaj, Rosh Hashaná, Yom Kipur, visitas al cementerio para visitar y recordar a los parientes fallecidos. Los capítulos de *La risa del sol* siguen la cronología de la vida de Tania, desde la niñez hasta la madurez, con su pasión por averiguar las matices emocionales precisas de cada transición, cada momento histórico (y familiar) de decisión, de cambios, de iluminaciones súbitas. La carátula ilustra el libro perfectamente, con una imagen de Antonio Bustamante, “Guayacán para Esther” donde los relatos aparecen como flores, y la imagen del “Guayacán” concuerda con el epílogo del libro.

Paso por paso (es decir capítulo por capítulo) nos adentramos en las percepciones progresivas de una niña perspicaz que se convierte en mujer joven sensible y sabia, que ha averiguado las conexiones entre su historia y sus emociones y percepciones, la importancia de sus raíces, de sus parientes y sus vidas (y sus personalidades) complejas.

Empieza con sus percepciones sobre su hermano mayor con quien no se lleva bien, la madre que quiere más al hermano que a ella, el padre cariñoso pero débil,

inmerso en negocios y preocupaciones. La niña narradora, Tania, es descrita como jovencita que intenta entender las motivaciones de los que la rodean.

Se quema el almacén de sus padres en Palmira y se mudan a Medellín. Se cuentan los traumas del desastre, de la mudanza, las transiciones a nuevo lugar, una nueva escuela, y encuentros con muchos parientes que la niña va conociendo mejor. Tania va aprendiendo cómo percibir el mundo (y sus historias complejas) que han vivido otros; no solamente le interesan los grandes eventos – guerras, muertes, desplazamientos, el Bogotazo donde murió un tío – sino “también...las pequeñas situaciones, esas que afectan la vida de las personas comunes y corrientes”. (89) Como comenta Diana Londoño en su reseña de la novela,

La risa del sol es una exaltación al placer y al disfrute de las cosas sencillas de la vida. La risa de una tía que se convierte en un sol en medio de la penumbra es tan solo una de ellas. (76)

Mary G. Berg
Women’s Studies Research Center, Brandeis University

Bibliografía:

- Fleischer, Esther. (1999). *Las tres pasas (y otras historias)*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- _____. (2007). *La flor desfigurada*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- _____. (2011). *La risa del sol*. Bogotá: Sílabas Editores,
- _____. (2011). *Canciones en la mente*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Londoño, Diana M. (2013) Reseña de *La risa del sol*. *Revista de Estudios Colombianos*. #41. 76.
- Restrepo, Elkin. (2011). Prólogo a Esther Fleischer, *Canciones en la mente*. 11-13.
- Restrepo David, Felipe. (2012) Reseña de *La risa del sol*. *Revista Universidad de Antioquia*. #307. 110-112.